CICLO DE CONVERSACIONES ANTROPOLOGÍAS DEL SUR: GONZALO TOLEDO MARTEL

CLAUDIO ESPINOZA*, PAULA CONTRERAS** & LUIS CAMPOS***

Resumen

En esta duodécima entrevista del ciclo de conversaciones Antropologías del Sur, cuyo fin es revisar y pensar formas no hegemónicas de la disciplina, se presenta la trayectoria académica, intelectual y profesional de Gonzalo Toledo Martel (Osorno, Chile, 1965). Con esta entrevista abordamos un nuevo periodo en el ciclo de conversaciones: si hasta ahora veníamos revisando la trayectoria de quienes estudiaron antropología en la década de 1970, con esta publicación comenzamos a entrevistar a quienes lo hicieron en los años ochenta. Gonzalo Toledo realizó sus primeros estudios en Osorno y Concepción, para luego en 1983 trasladarse a Valdivia a estudiar antropología en la Universidad Austral de Chile. Terminados sus estudios, trabajó en diversas Organizaciones no Gubernamentales (ONG) en el sur de Chile, para luego trasladarse a Cañete a trabajar en el Programa Pobreza y Desarrollo Regional. Junto con ello realizó diversos cursos relacionados con administración pública y el funcionamiento del Estado, incorporándose finalmente a la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI) como generalista en asuntos indígenas, encargado de la Unidad de Desarrollo Indígena en la Región del Bío Bío. Actualmente Gonzalo sigue viviendo en Cañete, aportando desde su experiencia y conocimiento profesional antropológico a las políticas públicas de largo plazo y en esta entrevista nos revela las complejidades, alcances y limitaciones del quehacer antropológico, así como la evolución de las políticas públicas para indígenas en las últimas tres décadas.

* Académico, Director Doctorado en Estudios Latinoamericano, Director Revista Antropologías del Sur, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Investigador Asociado del Centro de Estudios Interculturales e Indígenas.
** Académica, Escuela de antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano
*** Académico, Escuela de antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Investigador Principal del Centro de Estudios Interculturales e Indígenas.

ADS: Gonzalo muchas gracias por aceptar esta invitación, y gracias por recibirnos en tu casa, aquí en Cañete, en la ribera del Río Tucapel y al lado del fuerte del mismo nombre. Quisiéramos partir esta conversación con tu biografía, que nos cuentes dónde naciste y creciste, dónde estudiaste y cómo llegaste a la antropología.

Nací en la ciudad de Osorno, en el centro-sur de Chile. Se podría decir que soy de los Toledo de Osorno y de los Martel de Valdivia. Como dicen los peñis, mi tuwun y mi kupalme están ahí, entre Osorno y Valdivia. Soy hijo de profesores y en ese sentido me siento parte de la clase media ilustrada de provincia de este país.

La enseñanza básica la estudié en el colegio de los jesuitas en Osorno, que se llama San Mateo de Osorno, que en esos años estaba a cargo de unos jesuitas norteamericanos, no chilenos, entonces, también fue un mundo diferente, por decirlo en términos de lo que era esa experiencia educativa. Después, por temas laborales de mi padre, nos trasladamos a Concepción y allá terminé la enseñanza media en el colegio San Pedro Nolasco. Entonces toda mi vida la he vivido en la frontera. Ese es un breve recuento de mi vida y, bueno, como muchos chilenos, mi vida en algún momento tuvo un quiebre, el año 1973, donde creo que ahí se acabó mi vida de niño, así como se acabó la vía pacífica al socialismo. Tenía ocho años para el Golpe y en ese momento cambió el país y cambió también mi vida familiar. Mi padre fue exonerado y con ello cambió la dinámica familiar. Tengo que mencionar eso porque yo creo que también es parte de mi historia de vida. Eso es lo que podría resumir con respecto a de dónde vengo, dónde nací y dónde me eduqué antes de entrar a la universidad.

ADS: ¿Y cómo surge la idea de estudiar antropología? ¿por qué quisiste estudiar antropología? ¿y por qué elegiste la Universidad Austral en Valdivia?

Yo soy de la época en que para acceder a la universidad había que prepararse y dar lo que se llamaba la Prueba de Aptitud Académica. Entonces durante la enseñanza media de esos años uno comenzaba a prepararse para eso. Desde primero medio ya empezaban a hacerte presente que debes tener buenas calificaciones porque tales notas igual te van a dar un puntaje para la carrera que quieras estudiar y, además, en toda la enseñanza media está el tema de los preuniversitarios. Entonces, te lo pasas no solo cursando la enseñanza media y preparándote para que te vaya bien en la prueba, sino que también pensando en qué vas a estudiar cuando tengas el puntaje. Entonces, yo creo que estuve los 4 años de la enseñanza media pensando en qué iba a ser de mi vida después que egresara de la media y una cosa que tenía claro sí, era que me gustaba todo el tema de la historia y las ciencias sociales Y por ahí, en algún momento, me llamó la atención este tema de la sociología y de la antropología. En las clases de historia supe alguna vez que existían estas disciplinas. También me gustaba un poco la literatura, en fin, pero finalmente era la antropología lo que me llamó la atención y en su momento cuando hubo que postular miré hacia Valdivia.

Yo vivía en Concepción y en la Universidad de Concepción hubo una carrera de antropología, y a algunos de los que habían estudiado allí alcancé a conocer y me comentaban un poco lo que había sido su formación. Lamentablemente la Universidad de Concepción tenía cerrada la carrera. Entonces, ahí fue que supe que en

la Universidad Austral habían abierto la carrera de antropología. Me debo haber enterado por los diarios impresos, pues estamos hablando de una época en que no existía internet. Entonces ahí en los diarios aparecían las carreras disponibles de todas las universidades del país y así fue como muy probablemente me enteré de que la *Austral* abriría antropología. Además, como les contaba, por un tema familiar yo soy del sur, de Valdivia, Osorno, entonces había un vínculo con la ciudad de Valdivia, por tanto no resultó tan extraño o difícil, en este caso para mis padres, de que yo volviera al sur porque nosotros éramos de allá. Mi papá había estudiado en la *Austral* también, entonces como que había un vínculo por ese lado. Y, como tenía familiares, estaba la posibilidad de no tener que pagar pensión, había también un tema económico y una serie de características que reunía Valdivia que hicieron que me fuera finalmente a estudiar allá.

ADS: Y cuando llegas a la *Austral* y entras a estudiar antropología ¿con qué te encuentras? ¿qué es lo que era la antropología? ¿era lo que tú te imaginabas?, ¿quiénes eran tus profesores? ¿qué materias cursaste?

Llegué a estudiar a Valdivia el año 1983, plena dictadura cívico-militar, lo que implicaba, entre otras cosas, que las universidades estaban intervenidas. Desde 1973 las universidades habían sido intervenidas, profesores de izquierda exonerados, etcétera. Entonces, tu de entrada sabías que en la universidad no ibas a encontrar profesores, por lo menos, con un espíritu muy crítico. Las universidades estaban dirigidas por rectores delegados, en este caso yo me acuerdo que había un militar como rector de la Universidad Austral. Ese era un poco el contexto. Y, en ese contexto, las ciencias sociales tampoco eran muy bien vistas porque hay que pensar que después del Golpe las primeras medidas que se tomaron, junto con exonerar académicos de izquierda o partidarios de la Unidad Popular, fue cerrar carreras de la ciencias sociales: sociología, antropología, o sea, fueron carreras donde el regimen se ensañó y prácticamente desaparecieron de las universidades. La misma Universidad de Concepción cerró la carrera de antropología en 1973, después la volvió a reabrir como para darles salida a los alumnos que habían quedado ahí sin poder terminar sus carreras. Sobre la Universidad de Chile no conozco tanto, pero el tema es que ese era el contexto. Era un contexto de control político ideológico que había en las universidades y eso se notaba mucho.

También se veía en las clases, en los profesores, porque uno inmediatamente notaba que algunos profesores no eran muy críticos del régimen, a pesar que había algunos que eran liberales, por decirlo, como los profes de izquierda. Hay que hacer mención también de que en el año 1982, con todos estos temas de ajuste económico y con el modelo neoliberal que se implantó en el país, hubo una gran crisis económica que generó mucha cesantía, lo que, según muchos, fue el detonante para que comenzaran en 1983 lo que se conoció como las protestas nacionales contra la dictadura. Ese era el contexto entonces en que yo entré a estudiar a la universidad, no era el contexto más propicio para estudiar ciencias sociales críticas, pero bueno, fue lo que me tocó.

Con respecto a la carrera misma, lo primero que noté era que en el primer año no teníamos profesores de antropología, no teníamos antropólogos de profesores. Estaba ahí René San Martín, que era jefe de carrera y tenía una formación, pero en ese primer año la mayoría de los profesores eran de distintas facultades de la

universidad, así que en el fondo era como una base mínima que cualquier universitario debería tener en términos de formación y, en ese sentido, me llamó la atención el hecho de tener profesores de distintas facultades, de distintos institutos, en el fondo creo que fue un intento de la universidad de aprovechar, por decirlo de algún modo, la capacidad instalada que tenía ahí y echar a andar la carrera sin quizás tanto gasto, aprovechando a los profesores que ya trabajaban en la universidad haciendo docencia o investigación. Y bueno, ahí ya me quedó claro que la antropología tenía que ver con muchas cosas, que daba para distintas facultades, para distintos institutos, para distinta formación y como que todo entraba o cabía dentro de lo que era la antropología, o sea, que no era tampoco algo tan descabellado el hecho de que no tuviéramos profesores de antropología haciéndonos ramos de antropología el primer año. Ya en el segundo año empezaron las contrataciones de los antropólogos para hacernos docencia.

Otro aspecto que llamó mi atención fueron mis compañeros de promoción, porque era gente muy heterogénea, de distintas partes de Chile, en su mayoría no era gente de Valdivia, era gente que llegó a estudiar a Valdivia de distintas ciudades y todos con un perfil tan distinto al que tenía yo. Por decirlo de algún modo, no sé, yo ahí como que veía historias de vida totalmente distintas a la que había sido mi historia de vida y eso también fue algo interesante porque fue como salir igual de una burbuja. Cuando uno llega a la universidad uno sale de una burbuja, la burbuja que te han construido en tu casa, en tu vida familiar, y entonces comencé a darme cuenta que la realidad era mucho más diversa, mucho más compleja de lo que yo había vivido hasta el momento. Esa fue como mi primera impresión cuando llegué allá.

ADS: Gonzalo ¿realizaban trabajo de campo en ese tiempo?

Sí, pero estaba muy vinculado a investigaciones que hacían los profesores, no es que estuviera tan determinado que había que hacer trabajo de campo desde el primer día, sino que estuvo siempre vinculado a las líneas de investigación que tenían los profesores y ahí los profesores nos convidaban a ser parte; en el fondo a levantar la información que necesitaban. Ahí uno apoyaba en eso.

A la carrera fueron llegando distintos profesores que habían sido formados en antropología, llegó Rodrigo Valenzuela, Priscila Délano, Edith Quilapi, ellos fueron los primeros que llegaron a hacer docencia como antropólogos propiamente tal. No sé si se me escapa alguno, pero de esos primeros fueron ellos.

ADS: Gonzalo, al tratarse de una carrera nueva que recién se abría, con un plan de estudio que había que probar ¿tuvieron ustedes alguna participación en ello? En alguna ocasión escuchamos a Jorge Iván Vergara contar que viajaban a Santiago a buscar profesores para que les hicieran una especie de talleres extracurriculares.

Sí, eso fue algo característico que tuvimos allá en su momento y fue porque, como les decía, teníamos pocos profesores antropólogos allá y ya al primer año comenzamos a preguntar cuándo llegan los profes antropólogos a hacernos clases. No había mucha seguridad de que fuera a ocurrir. Ya vienen, ya vienen, nos decían, y ahí ya como el tercer año ya estaban estos profesores, pero igual nosotros constatábamos que teníamos unos déficit en términos de nuestra formación y habían líneas de investigación que los profesores que teníamos nosotros no esta-

ban abordando y que para nosotros tenían una importancia significativa. Entonces recuerdo que como al tercer año de la carrera comenzó esta iniciativa de ir a buscar profesores y llevarlos a hacernos clases allá a Valdivia, por lo general los días viernes, los fines de semana. Estuvimos con José Bengoa, Rolf Foerster, Sonia Montecinos, Sergio Martinic, Carlos Piña, no recuerdo cuántos fueron, pero fue una experiencia bastante buena en el sentido de que permitió complementar la formación que estábamos teniendo desde la universidad. Y lo interesante es que fue por una iniciativa de un grupo de estudiantes, que como les digo, en algún momento sentimos que se necesitaba ampliar nuestra formación y esta fue la manera de hacerlo, una manera muy universitaria como era en las universidades en la edad media en Europa, donde eran los estudiantes quienes contrataban a sus profesores y los llevaban ahí a hacerles clases, en fin. Esto era algo que también iba muy en esa misma línea. Nosotros identificábamos profesores y decíamos ya, esto necesitamos, esto nos interesa y se contactaba al profe y se le ofrecía la posibilidad de venir a hacer clases. Muchas veces esto no era remunerado, era ad honorem, voluntario y agradecido siempre de esta posibilidad porque en el fondo esta gente mostró generosidad y amor por la disciplina porque en el fondo estaban contribuyendo a la formación de antropólogos en ciernes.

Y nos hacían clases. Se armaba un programa y a veces duraban tres días, viernes, sábado y domingo, a veces sábado y domingo, o a veces era solamente el sábado, dependía mucho de los profes que se les convocaba. A veces se pedían las salas de clases los fines de semana y estas clases se realizaban en las mismas dependencias de la universidad, en el entendido de que era parte de una actividad académica, y a veces también, cuando no se podía, lo hacíamos en otros lugares no más. Otra cosa que recuerdo, en el sentido de estos déficit en la formación que teníamos, cada vez que había un congreso, un seminario o algo que tuviera que ver con la disciplina, tratábamos de participar. En ese sentido, participamos como carrera de antropología en el primer congreso de antropología que hubo en Santiago, en 1985, en el Café Torres, y ahí conocimos a estudiantes de antropología de la *Chile*, y se fue generando un vínculo con ellos. Recuerdo también haber participado en un congreso de antropología en Argentina, en Buenos Aires, otro en Olavarría, también en congresos de sociología rural, recuerdo uno en Neuquén. O sea estábamos siempre tratando de complementar nuestra formación, buscar como ampliar estas capacidades, poder conocer como te digo otras miradas, otras líneas de investigación, etcétera.

ADS: ¿Tenían alguna línea teórica que fuera más fuerte dentro de la carrera o que guiara el aprendizaje? ¿se veía algo así?

No estaba muy claro. Nosotros sabíamos algo en términos teóricos por Rodrigo Valenzuela, un poco de estructuralismo, de Lévi-Strauss y todo eso. Por la Priscila Délano un poco de Marvin Harris, todo el tema de ecología cultural, en fin, pero no era tan marcado, tan pronunciado. En ese sentido siempre había como una impronta de formarnos como antropólogos generalistas, que si alguna vez queríamos especializarnos lo hiciéramos cuando saliéramos de la universidad, pero durante la formación del pregrado siempre fue algo bien general. Nunca fue como tan marcada la línea de investigación, había, claro, temas de investigación: desarrollo rural, el tema de mujeres, el tema de la pesca, algo del tema indígena también, pero no temáticas teóricas que abordaran estos temas o estos sujetos.

ADS: Gonzalo, algo nos dijiste de tus compañeros/as de generación. ¿quiénes eran? Sabemos que hay varios/as que hoy son destacados colegas.

Bueno, sí. Jorge Vergara es de mi generación, pero no de mi promoción. Estudiamos en forma contemporánea. De mi promoción estaba Andrea Aravena, que es profe ahora en la Universidad de Concepción, también de la misma promoción que Jorge Vergara. Recuerdo también que en otra generación, que era más cerca a la mía estaba Aldo Mascareño. De mi curso puedo mencionar a Gerardo Zúñiga, con quien trabajamos juntos en la CEPI, Oscar Mendoza, que en este momento es SEREMI de las Culturas en la Región de Los Ríos. Jaime Soto, con quien trabajé en uno de mis primeros trabajos después de egresar de la Universidad Austral, trabajamos juntos y él ahora está en Concepción trabajando en Gendarmería. También recuerdo Iván Osnovikoff, un documentalista destacado, en fin, hay otros más por supuesto, pero no recuerdo en este momento.

ADS: Gonzalo, como nos señalabas, estudiar en la década de los ochenta no fue fácil, el contexto no era el ideal, más bien fue una época muy dura. En términos políticos, ¿qué participación tuvieron como estudiantes? ¿Tenían alguna federación?, sobre todo pensando que entras a estudiar en el mismo año que comienzan las protestas contra la dictadura en todo el país.

Sí, bueno, a propósito de este contexto de las universidades intervenidas y con este control político ideológico que había también sobre los académicos, otra característica fue que éramos la primera promoción de licenciatura en antropología y no teníamos referentes para atrás. Recuerdo que cuando nos tuvieron que hacer el mechoneo, el famoso mechoneo, nos mechonearon los estudiantes de filosofía de la facultad que justo ese año había cerrado también la carrera, así que no tenían ellos mechones para mechonear, tuvieron antropólogos para mechonear y recuerdo que igual fue una situación extraña, por decirlo de algún modo, o sea que había sido gente que no era de la disciplina y que igual se hicieran cargo de esto. Pero bueno, el contexto a partir del año 1983, cuando comenzaron las protestas nacionales, también generó cambios al interior de las universidades. Ahí nosotros nos conformamos como centro de alumnos, como federación de estudiantes y todo eso. Lo que pasó fue que se conformó el movimiento estudiantil en las universidades chilenas en esos años. El movimiento estudiantil contra la dictadura, contra la intervención de las universidades, sí, ahí yo creo que como carrera de antropología tuvimos bastante participación en toda esa génesis y posterior desarrollo del movimiento estudiantil, en este caso específico en la Universidad Austral.

ADS: Y en términos académicos, cuéntanos un poco de tu egreso de la universidad, tu proceso de titulación, tu tesis, y del proceso de inserción al mundo laboral.

Nosotros teníamos memorias de título y lo que finalmente hacíamos era una práctica profesional donde teníamos que generar un documento de título. Recuerdo, a propósito de toda este tema del movimiento estudiantil y el vínculo que teníamos con la sociedad mayor, que por aquellos años las ciencias sociales no dejaron de estar activas, pero no dentro de las universidades, si no que en las ONGs. En esos años se conformaron muchas ONGs, organizaciones no guber-

namentales y centros de estudios que contaban con financiamiento extranjero de la cooperación internacional, precisamente porque estábamos en dictadura y ahí se generó harta investigación social y, a propósito de estos profesores que yo les mencionaba que se invitaba a Valdivia, muchos de ellos estaban vinculados precisamente a estas ONGs o a estos centros de estudios que no estaban dentro de las universidades. Es más, cuando menciono estos centro de estudios me recuerdo, por ejemplo, ahí estaba lo que fue el inicio de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, porque eran muchos centros de estudios que finalmente confluyeron y generaron la Academia de Humanismo Cristiano. Y recuerdo que estas ONGs o estos centros de estudios eran muy activos, quizá porque era la única manera donde uno pensaba una inserción laboral después del egreso: La ONG, la cooperación internacional, no había otro horizonte, o sea en las universidades era muy restringida la posibilidad de entrar a trabajar ahí, y tampoco había financiamiento para hacer investigación social, entonces, todo pasaba mucho por las ONGs y por estos centros de estudio. Y ahí entonces con otro compañero nos vinculamos con una ONG que estaba trabajando con un tema de derechos humanos en esos años y ahí fue que comenzamos a trabajar, fue una de las primeras inserciones laborales que tuve. Recuerdo que como telón de fondo estuvo la revolución sandinista en Nicaragua y el levantamiento Zapatista en México. Al respecto la situación de los miskitos en la costa atlántica nicaragüense y el cuestionamiento al indígenismo mexicano. Recuerdo la lectura de "Etnía, Nación y Política" y "La cuestión étnico-nacional" de Héctor Diaz-Polanco, al respecto.

Pero volviendo a lo que relataba, después, en esta ONG que era de derechos humanos -CODEPU-, específicamente trabajamos en un tema respecto a violaciones de los derechos humanos en lo que fue el "Complejo forestal y maderero Panguipulli". No sé si ustedes han escuchado algo de eso, pero en el tiempo de la Unidad Popular se expropiaron conjuntos de fundos en la precordillera de la provincia de Valdivia y conformaron un gran complejo forestal y maderero que fue administrado por los trabajadores un par de años hasta el Golpe militar y, posterior al Golpe, hubo una represión brutal, matanzas en distintos lados: en Liquiñe, Neltume, Chihuío, en fin, todo lo que fue el complejo. Y ahí trabajamos nosotros con las familias que habían perdido algún familiar producto de unas ejecuciones sumarias que se hicieron en esos años. Fue un trabajo bastante significativo en términos personales porque no era hacer un trabajo de campo cualquiera, era hacer trabajo de campo con gente que había tenido un daño en su historia personal terrible, o sea estamos hablando de, no sé, mujeres que habían enviudado con hijos, que le habían muerto a sus familiares, a sus maridos, a madres que les habían muerto a sus hijos, a padres que le habían muerto a sus hijos, en fin. Y resulta que a pesar de todos los años desde que habían ocurrido estos hechos, jamás nadie se había acercado a conversar con ellos y, por ejemplo, plantearles la posibilidad de que a partir de sistematizar estas experiencias y transformarlas en documento, pudieran servir para posteriormente iniciar procesos de justicia, que fue lo que finalmente ocurrió. Entonces, ahí trabajamos con Jaime Soto recuerdo y con la doctora Paz Rojas, una médico psiquiatra, hija de Manuel Rojas, el escritor, y ella era quien nos dirigía en la investigación. Esa fue una experiencia bastante significativa y terrible a la vez, sobre todo cuando recién estás egresando y te involucras con temas que son complejos. No eran temas fáciles de abordar, sobre todo cuando no tienes cómo, a pesar que teníamos el apoyo de la doctora Rojas, no tienes una forma-

ción en, no sé, temas de salud mental, en temas de daño psicológico, psiquiátrico, producto de la violación de los derechos humanos, entonces es difícil enfrentar estos temas. Recuerdo que en algún momento ya estaba como medio sobrepasado con esta situación.

Después fueron saliendo otros temas que ya tenían que ver más con la antropología propiamente tal, aunque siempre vinculados a temas conflictivos. Me acuerdo cuando estaba recién en diseño la posibilidad de la construcción de la represa Ralco en el Alto Bío Bío, y entonces fui a hacer trabajo de campo precisamente en unas comunidades de arriba, del Alto Bío Bío, trabajando un tema que finalmente todos sabemos en que terminó: finalmente, se construyó la represa y con todas las consecuencias que tuvo. Esas dos experiencias iniciales para mí fueron como, no sé como decirlo, bastante intensas porque no eran temas fáciles de abordar o de trabajar. Después vinieron otros temas.

ADS: ¿Y cómo llegas a trabajar a la CONADI aquí en Cañete? ¿también trabajaste en la CEPI, verdad?

Claro, ahí está el vínculo. Llegué primero a Cañete, más que a CONADI, llegué a Cañete. Y llegué a Cañete por un programa que se llamaba Pobreza y Desarrollo Regional, que era como el programa piloto del Servicio País, el año menos 1 de Servicio País, después, como a los dos o tres años, se conformó la Fundación para la Superación de la Pobreza y vino el programa propiamente tal. En algún momento me fui a estudiar a Santiago planificación social, porque estaba pensando en el tema de inserción laboral y todo lo demás, dos alternativas: o le hinco el diente al tema académico, la docencia, la investigación o le hinco el diente al tema de la administración pública y me transformo en funcionario público, y en algún momento -también por un tema ya familiar, pues a esa altura ya tenía dos hijos y dije, necesito una cuestión con mayor seguridad- entonces necesitaba acceder a una formación que me permitiera entusiasmarme con este tema de ser funcionario público y entonces entré a estudiar planificación social, que era un curso que impartía en esos años *Sur Profesionales*, ahí en la calle Infante, en Providencia.

Hubo varias generaciones, era un curso latinoamericano, bastante bueno, duraba un par de meses o un año, por ahí, y entonces me fui a estudiar a Santiago planificación social, recuerdo entre los profesores a Gabriel Salazar, Eduardo Valenzuela, Vicente Espinoza, unos talleres también con Ignacio Irarrázaval entre otros. Y ahí como que pude dimensionar un poco lo que era y que iba a ser la administración pública. Estamos hablando de esos años en que todavía el país no estaba democratizado, los municipios todavía tenían alcaldes designados. Entonces yo estaba en Santiago estudiando planificación social y se abrió la posibilidad de trabajar en este programa que se llamaba Pobreza y Desarrollo Regional, y había dos posibilidades, trabajar en Los Andes o en la Provincia de Arauco y pensé, en Los Andes no tengo mucho vínculo, siempre he sido del sur y esta es la posibilidad de volver al sur y me vine para Cañete por este programa.

El programa originalmente duraba dos años y después se amplió dos años. En el intertanto se creó la CEPI y, en algún momento, la CEPI citó a personal que pudiese supervisar proyectos de un fondo que se había creado entre el FOSIS y la CEPI, no recuerdo bien. El tema es que ahí postulé a la supervisión de estos proyectos y ese fue mi vínculo con la CEPI. Me vinculé con

la CEPI a través de estos concursos de proyectos. Recuerdo que eran proyectos que estaban fundamentalmente en las comunas de Cañete, Contulmo y Tirúa, el cono sur de la provincia de Arauco, así que ahí estuve vinculado a la CEPI a partir de estos proyectos. Estuve supervisando estos proyectos, uno o dos años, hasta que apareció el tema de la ley indígena, que era uno de los mandatos que tenía la CEPI cuando se creó como Comisión Especial de Pueblos Indígenas: generar un borrador de una nueva ley indígena, que era parte del acuerdo de Nueva Imperial, es decir, que con el retorno de la democracia el país pudiese tener una nueva ley indígena. Entonces, ahí me tocó vincularme con el tema de socializar este borrador de la ley indígena, hubo un proceso participativo donde organizaciones indígenas, dirigentes y comunidades discutieron este borrador y recuerdo que una de las acciones que me pidieron fue apoyar precisamente esto, difundir el borrador. Bueno, la historia es conocida, finalmente de ese borrador se aprobó el proyecto de ley que hasta el día de hoy la Ley 19.253, que ya cumplió más de 30 años, y después de la CEPI se promulga la ley que crea la CONADI. Entonces postulé a la CONADI y quedé en una terna, pero no quedé en la CONADI, y bueno, para qué les cuento, era bien complejo acceder a la administración pública, para que estamos con cosas. Si no tenías pitutos o padrinos políticos, o sea olvídate, era compleja la situación. Entonces después de no quedar como funcionario de la CONADI igual me vinculé como consultor de la CONADI y ahí estuve, me inscribí en el registro de consultores de la CONADI y, en el fondo, igual estuve trabajando para la CONADI, pero desde fuera de la CONADI. Como consultor externo.

Eso me generó una experiencia que después, cuando nuevamente se abrió un concurso para poder entrar a la CONADI, yo ya tenía la experiencia. En ese sentido, logré finalmente entrar a la CONADI y se me contrató como generalista en asuntos indígenas, encargado de la Unidad de Desarrollo Indígena de la CONADI acá en la Región del Bío Bío y en ese cargo estuve 13 años como encargado del Fondo de Desarrollo Indígena. Así fue como llegué a la CONADI y ahí he estado hasta el día de hoy cumpliendo distintas funciones, distintos roles, en fin. He trabajado para los distintos fondos que hay en la CONADI, para el Fondo de Cultura y Educación, para el Fondo de Tierras y Aguas Indígenas, para el Fondo de Desarrollo y para la Unidad de Medio Ambiente que es donde estoy actualmente.

Tengo que señalar, además, que en mi proceso de (auto)formación, para trabajar en la administración pública, fue muy relevante mi paso por los cursos que dicta el ILPES de la CEPAL. Temas como formulación de programas y proyectos, descentralización (Sergio Boissier), asociatividad y capital social (John Durston), metodologías como el marco lógico, el uso de la Prospectiva (Luis Mauricio Cuervo), etcétera. me han permitido mejorar mi desempeño profesional.

ADS: Gonzalo, recuerdo que te conocí más o menos el año 1993, y ahí fuimos depositarios junto a otros colegas, como Rodrigo Herrera y Pepe Varas, de una especie de leyenda acerca de Gonzalo Toledo. Nos dijeron, Gonzalo Toledo conoce la provincia de Arauco como la palma de su mano y ha recorrido toda la provincia caminando ¿qué de cierto hay de eso? Lo pregunto sobre todo al recordar algo algo que nos dijo Fresia Salinas en este mismo ciclo de conversatorios, respecto a la antropología del caminar, decía que la mejor forma de hacer etnografía o antropología era caminando.

Concuerdo plenamente con eso, es más, hasta el día de hoy sigo caminando y encuentro que no existe otra posibilidad de conocer más y mejor, precisamente cuando uno asume esto a escala humana que es el caminar. Otro nivel podría ser en bicicleta, recuerdo dos libritos de antropólogos franceses al respecto "Elogio del caminar" de David Le Breton y "Elogio de la bicicleta" de Marc Augé.

El caminar creo que es una buena posibilidad de observación participante sostenida. Y, con ello lo otro, la locomoción colectiva, que es otra, no sé como decirlo, debilidad que yo tengo, para mí resulta mucho más provechoso o motivante conocer la realidad o las dinámicas sociales de primera mano, interactuando con cómo vive el común de la gente. Qué más común que la gente que usa la locomoción colectiva o el mismo caminar y bueno, sí, qué manera de caminar. Creo que aprendí o internalicé haciendo trabajo de campo cuando estudiábamos en la *Austral*. Me acuerdo a veces de estos trabajos de campo en Maiquillahue, en Alepue, Caleta Bonifacio, etc. estamos hablando en años que no había caminos, no había tampoco mucha locomoción y había que caminar no más, aunque tú tuvieras vehículo, eran caminos intransitables, era imposible, había que caminar no más, y de ahí la cosa me quedó clara que esto era caminar y caminar, y que si iba a seguir en la antropología iba a ser caminar siempre y así no más fue. Así ha sido.

Hay que mencionar también que cuando nosotros estudiábamos no existían los celulares, o sea para comunicarte en el campo no era llegar y llamar y decirle al informante X voy mañana a las 3, nada de eso, todo era de otra manera, de entender las distancias, de entender las comunicaciones. Yo a veces pienso en aquellos años y me pregunto cómo nos lográbamos comunicar, cómo lográbamos ponernos de acuerdo, en fin, otro mundo, no había internet, correo electrónico, nada de eso, era aún el tiempo de la máquina de escribir, otra época.

ADS: Gonzalo, otra cosa. Hoy día las nuevas generaciones que deciden estudiar antropología, son distintos a la nuestra. Hay una cuestión vinculada a la inserción laboral que preocupa mucho a los estudiantes actuales. No sé si es la misma preocupación que tenían en los 70s o en los 80s, o sea, todo el mundo tiene que vivir de algo, pero no sé si era tan determinante o tan explícito como lo es ahora. Y, entonces, tú nos dices en un momento tengo que elegir o me dedico a lo académico o a las políticas públicas, trabajar en el Estado y entonces ahí hay una posición quizá epistemológica, política, de por qué elijo el Estado, qué voy a ser capaz de hacer al elegir este camino. ¿por qué lo eliges?

Como les decía, mis primeros años de inserción académica fueron en ONGs, en organismos no gubernamentales, y una de las cosas que me gustaba de la ONG era esta capacidad para hacer investigación-acción, pero eran siempre acciones muy acotadas a un horizonte de tiempo, o sea eran proyectos que duraban un año o dos, y muchas veces los impactos que se generaban a partir de lo que se hacía ahí ni siquiera tú alcanzabas a percibirlos porque ya tenían que cambiar de proyecto, otro financiamiento, otra agencia que tenía financiamiento y tal vez otros intereses. Entonces, era una cosa muy acotada y en algún momento me di cuenta que trabajando desde el Estado, desde la administración pública uno podía tener precisamente una inserción laboral que te permitiera tener un horizonte de tiempo mucho más amplio y poder ir constatando desde lo que

tú estás haciendo qué cosa está efectivamente generando el impacto o propendiendo al propósito que te habías propuesto en el programa o en el proyecto que alguna vez formulaste para ejecutar. Entonces, en ese sentido desde la administración pública me di cuenta que el impacto que se generaba con el trabajo que uno desarrollaba era mucho mayor que el que uno podía hacer en el ámbito de las ONGs o de los centros de estudios alternativos que había. A parte, que esas ONGs o centros de estudios a medida que se fue democratizando el país fueron perdiendo financiamiento, las agencias de cooperación se fueron retirando de Chile, entonces tampoco era una alternativa de inserción laboral muy segura. Entonces en su momento mi reflexión fue esa, de estar siempre trabajando en temas paralelos medios alternativos, en fin, marginales por así decirlo, o buscar algo más institucional donde uno pudiese sentir que tu trabajo está generando una tendencia de impacto positivo. Esa fue la reflexión que en su momento tuve como para elegir esta opción.

ADS: Y debe haber sido bastante diferente a lo que es hoy en día insertarse en el Estado porque la antropología no era muy conocida, o sea si hoy día te preguntan qué hace un antropólogo, me imagino que en ese tiempo no se sabía muy bien cual era la labor que hacía este antropólogo, a qué se dedicaba el antropólogo, entonces ¿cómo fue para ti tener que explicar eso y estar ahí trabajando con equipos seguramente bastante interdisciplinarios?

Exacto. Siempre era como la novedad respecto a qué hace un antropólogo, y en la CONADI específicamente estaba el sesgo de que allí tenían que trabajar, no sé, trabajadores sociales y abogados. Ese era como el perfil del funcionario de la CONADI, un tema asistencial por un lado y un tema jurídico por el otro. Entonces, la gente en general no tenía idea en qué consistía la formación que teníamos los antropólogos, este vínculo que teníamos con el tema indígena, por ejemplo, o sea el origen que tenía nuestra disciplina vinculado con todos estos temas de colonialismo, asociado también con la población indígena en distintos lados. Entonces, ese desconocimiento hacía que de repente pensaran que muchas veces la antropología cultural o sociocultural era como la arqueología. Siempre lo asociaban a arqueología o paleontología incluso, había una confusión siempre y entonces había que estar explicando qué es lo que hacía uno y, en el fondo, más que explicar, trabajar y hacer la pega para que se dieran cuenta de que finalmente éramos un aporte, éramos necesarios y quizás más necesarios que ellos mismos a veces. Con los años me he dado cuenta de que los antropólogos en la CONADI hemos sido bien valorados, se ha reconocido nuestro aporte, en el sentido de que podemos abordar distintos ámbitos del trabajo del quehacer institucional, ya no solamente temas de tierra, de desarrollo, de cultura, educación, en fin, y podemos hacerlo de una manera distinta, que se nota y que hace que la gente nos valore en términos profesionales. A veces me he sorprendido porque he escuchado a gente, que no tiene idea que yo soy antropólogo, que habla bien de los antropólogos y dicen, aquí vamos a necesitar un antropólogo, el único que puede hacer esto es un antropólogo, y es que no va a haber alguien que quiera ir, no sé, a la punta del cerro, bajar la punta del cerro y después volver, eso solamente lo hace un antropólogo y como que ahí hay una valoración de que somos bien aperrados, como se dice, y que la hacemos .

ADS: Gonzalo ¿la vinculación con el mundo indígena viene desde tu proceso formativo en la Universidad Austral?, y que es lo que hace que después te quedes trabajando en ello…

En la universidad fue muy marcador haber tenido clases con la profesora María Catrileo. Ella nos hacía inglés instrumental originalmente, era profesora de eso y, posteriormente, un poco también por solicitud de los estudiantes, generó una asignatura que era cultura y lengua mapuche. Yo creo que ahí fue el momento donde en términos formativos pude aprender más del tema mapuche y se me abrió un mundo. También después cuando hicimos ese trabajo en el complejo forestal y maderero Panguipulli, donde me tocó vincularme con muchas familias mapuche, recuerdo que en algún momento nos tocó como centro de alumnos vincularnos con unas comunidades que iban a ser desalojadas en Panguipulli, y creo que eso también me marcó mucho en el sentido de ir conociendo el pueblo mapuche. ¡Ah! y otra experiencia fue que participé una vez en trabajos voluntarios en una comunidad mapuche aquí en Almagro. Eran trabajos voluntarios en tiempo de dictadura y recuerdo que para mí fue súper significativo porque fue trabajar, realmente trabajar, no había trabajado nunca como trabajé voluntariamente ahí, ayudándo a cosechar trigo a unos peñis que nos recibieron, en fin, durante el pregrado me vincule con el tema mapuche, me llamó la atención y como que fui conociendo cada vez más y me fue gustando y en algún momento dije, esto me gusta. Había algo ahí que me tiraba y por esas vueltas de la vida terminé en la CONADI. Pero también por esas vueltas de la vida, y un poco haciendo la historia familiar, reconstruyendo mi historia familiar, supe o constaté que yo tenía un tataratatarabuelo que fue capitán de amigo en San Juan de la Costa, no sé si conocen esa institución de los comisarios de naciones y los capitanes de amigos que, en el fondo, eran como las instituciones mediadoras, las CONADIs que habían desde el tiempo colonial. Yo soy descendiente directo de un capitán de amigos de San Juan de la Costa, el año 1839 el fisco le pagaba 72 pesos mensuales para que hiciera ahí su trabajo, ahí en San Juan de la Costa, vincularse con las misiones, colaborar para que los huilliche se colonizaran, no tuvieran líos entre ellos, en fin. Una vez, revisando un poco los libros sacramentales de San Juan de la Costa, me daba cuenta de que mi pariente era padrino de bautismo de…, o sea estaba ahí cristianizando a esta gente y después, más de 100 años después, yo en la CONADI, donde me tocaba hacer informes para autoidentificación de indígenas, o sea yo tenía que hacer todo lo contrario. Ya no cristianizar, sino que colaborar con estos procesos de reelaboración identitaria de la gente que, en este caso, quería identificarse como mapuche. Cuando supe eso como que me dejó para adentro porque sabe uno, se da cuenta, de que la historia avanza, de que las cosas cambian y en algún momento se está haciendo una cosa y en otro momento otra, en fin.

Entonces, como les decía, estuve 13 años a cargo de la Unidad de Desarrollo Indígena acá en la Región del Bío Bío. Esta región, en términos jurisdiccionales, abarcaba toda la Región del Bío Bío. En ese tiempo contemplaba al Alto Bío Bío, con toda la población pehuenche de arriba; también a la población urbana, Concepción, Talcahuano, Hualpén y, por supuesto, a la población rural de acá de la provincia de Arauco. Trabajé fundamentalmente en temas de desarrollo indígena, sin embargo, me daba cuenta de que el tema del desarrollo, pensando un poco en el concepto de etnodesarrollo de Stavenhagen, se había transformado aquí con la ley indígena en desarrollo con identidad, que igual es un in-

digenismo, un indigenismo de nuevo cuño, por así decirlo, porque ya no es propender a asimilar culturalmente a la población indígena, sino que es precisamente dar la posibilidad de que ellos puedan mantener, recuperar, reapropiarse de su cultura, que es algo que el Estado no había hecho antes, por lo menos el Estado de Chile en términos de la práctica indigenista que ha tenido. Sin embargo, yo igual veía ahí un poco que los programas de la CONADI no estaban generando el impacto que buscaban tener y hay que pensar también que cuando surge la CONADI – hay que recordar que la CONADI surge en un contexto de democratización del país, donde el Estado comienza a asumir tareas que antes no había asumido, por ejemplo, abordar políticas sociales de grupos vulnerables, cuestión que antes no había una institucionalidad o un programa desde el Estado, por ejemplo, hacia las mujeres o vinculado con el tema de los jóvenes o vinculado específicamente con el tema de la pobreza y, en ese contexto, surge también el tema indígena y así surge la CONADI.

Entonces en ese contexto se daba mi trabajo dentro de la Unidad de Desarrollo. Y en algún momento comencé a cuestionarme ciertos temas. O sea, a pesar de que hicimos varias evaluaciones externas sobre la marcha de los fondos y de los programas, tales evaluaciones mostraban que efectivamente los programas de desarrollo incrementaban los ingresos autónomos de las familias que participaban y que, al parecer, sí se generaban procesos de fortalecimiento de capital social o de capital intangible, en fin, en el fondo el tema era que no se veía tan mal la práctica porque, efectivamente, se estaban abordando los temas que se tenían que abordar y por lo visto se estaba generando esa tendencia de impacto positivo, sin embargo, y a pesar de eso, yo igual sentía que había algo que me daba vuelta y que de repente uno veía que, de acuerdo a los proyectos que se financiaban, a veces funcionaban y otras veces no. Bueno, la cuestión es que en ese contexto accedo a un diplomado que tenía un componente del giro lingüístico, como le llaman, y ahí me vino el giro lingüístico y comencé a ver las cosas de una manera distinta. Después me vino el giro ontológico y entre esos dos giros me he estado moviendo en los últimos años.

Para mí fue muy revelador haber leído un libro del profesor Paillalef, de la UTEM de Santiago, que se llama *Los mapuches y el proceso que los convirtió en indios* y que tiene como subtítulo *Psicología de la discriminación.* En ese libro Paillalef vincula los aportes de lo que se denominó la Escuela de Santiago (en una entrada de Wikipedia, que después eliminaron). Esta corriente eran Maturana, Fernando Flores, Rafael Echeverría, toda esta gente que trabajaron en el giro lingüístico chileno. Paillalef toma estas ideas de Maturana y las aplica para entender específicamente el tema mapuche. Señala que ahí hay un daño ontológico, puesto que se puede hacer mucho en términos de desarrollo social, económico, pero que el tema es mucho más profundo e intangible, relacionado con un daño con el ser mapuche, que ninguna política pública está abordando. El tema de la restitución de tierras que hace la CONADI es necesario, pero hay un tema que va mucho más allá y que tiene que ver con los efectos de la discriminación y el prejuicio étnico. Era un tema que yo nunca había visto trabajando en la CONADI. Después de muchos años logré dimensionar la importancia que tiene en la manera en que los mapuche se paran en el mundo. Tuve que vivir este giro lingüístico y este giro ontológico para poder recién dimensionarlo y darme cuenta de que efectivamente ese es un tema que no se ha estado abordando y que nosotros que trabajamos con pueblos origi-

narios debemos tomar en cuenta. Eso me cambió la mirada respecto de lo que yo hacía, me di cuenta de que había un tema ahí que no estábamos abordando, lo cual coincidió con todos estos temas que se pusieron de moda en esos años del capital social. Capital social vinculado al tema de desarrollo social, al desarrollo rural, etcétera. Entonces ahí ya había un tema de un intangible, pero a un nivel mucho más personal e individual, pero también, finalmente, colectivo.

ADS: ¿Y esta nueva mirada derivó en un cambio de planes, en la forma de trabajar, de incidir, digamos, en estos problemas que detectabas como ausentes en la política de la CONADI?

Durante por lo menos cinco años me tocó impulsar, con fondos de la Unidad de Desarrollo, una escuela de liderazgo, donde abordábamos estos temas de liderazgo emprendedor, por ser un Fondo de Desarrollo Indígena en el tema de emprendimiento. Era como una escuela que duraba más o menos un año. El primer componente de esta escuela de formación tenía que ver con temas de desarrollo personal y ahí se abordaba esto del desarrollo personal a partir del *coaching* ontológico, a propósito de este tema del giro lingüístico. Habíamos tenido acceso a formación en eso, por lo que yo vinculé gente que estaba trabajando en estos temas y durante esos cinco años tuvimos esta escuela con este componente de desarrollo social como elemento indispensable, así como para cualquier proyecto posterior, ya fueran temas de fomento económico o social.

Me acabo de acordar de algo que me olvidé de decirles hace un rato. Quiero recapitular porque, a propósito de vincularme con el tema mapuche y trabajar durante todos estos años acá en este tema, también fue muy importante y significativo el hecho de que cuando llegué con este programa piloto del Servicio País que mencioné, que tenía que ver un poco con organizaciones, después se postergó por dos años y conseguimos un financiamiento de educación intercultural bilingüe. Era un programa piloto de educación intercultural bilingüe.

En esos años la educación intercultural bilingüe todavía no era ley, no estaba en la ley, no existía como propuesta educativa en la legislación chilena ni en el Ministerio de Educación. Posteriormente va a aparecer en la Ley Indígena, pero en esos años todavía era una propuesta y los únicos referentes que teníamos era lo que se estaba haciendo en Bolivia, Ecuador, Perú y México. Y bueno, ahí en el marco de ese programa, que era una experiencia piloto de fomento de la educación intercultural bilingüe en la provincia de Arauco, me tocó vincularme con proyectos parecidos que se estaban impulsando en la región de la Araucanía, donde uno de los proyectos más interesantes era liderado por Elisa Loncón. Ahí me tocó vincularme con ella y con gente que después estuvo en la Universidad Católica, por ejemplo, con Desiderio Catriquil. Era gente de una fundación que estaba vinculada a la Iglesia católica, que también tenía un programa de educación intercultural bilingüe. Con esta experiencia me fui encaminando más al tema indígena mapuche y fue cuando le entré por primera vez al tema de la educación intercultural.

ADS: Gonzalo, a propósito de la ley indígena, como bien dices, surge en una época del país donde se transitaba hacia la democratización, o sea uno podría decir que era un país con esperanza: fin de la dictadura y las cosas podían cambiar. Surgen nuevos actores políticos, etcétera. ¿Cómo veías tú la institución de

la CONADI? una instancia formal del Estado que no existía y que estaba con un propósito: resguardar, promover el desarrollo indígena, sus derechos ¿cómo veías tú en esa época a la CONADI y cómo has visto su evolución? Tu has estado en la CONADI de Cañete desde el comienzo hasta ahora. ¿cómo has visto su evolución, sus alcances y también sus límites, los límites del Estado?

En su momento, como les contaba, me tocó apoyar el proceso de socialización del borrador de la Ley Indígena. Entonces me di cuenta, efectivamente, de que era un proceso participativo y que contaba con el apoyo o con el interés, por lo menos acá, de dirigentes y comunidades, comunidades que en ese tiempo no estaban constituidas porque no tenían personalidad jurídica. Estamos hablando de las comunidades que venían de los títulos de merced. No recuerdo qué tipo de representación tenían en su momento, quizás los lonkos eran autoridad, pero no era lo que se conoce ahora en que las comunidades se constituyen en el marco de la ley, tienen directiva, etcétera. Este proceso participativo me llamó la atención porque lo que estábamos haciendo en el país era inédito, no se había realizado en otros procesos, con otros indigenismos latinoamericanos. También me dije, quizás es la posibilidad de que acá en Chile lo hagamos bien y que no tengamos aquí un Chiapas, de darle una solución a esto, y en ese sentido percibía a la CONADI como una instancia de mucha participación indígena, de mucho involucramiento de los dirigentes con la CONADI.

Es más, una situación que me llamaba la atención era de que gran parte de la dirigencia indígena durante la dictadura había sido cooptada por el Estado a través de esta institucionalidad, primero la CEPI y después la CONADI. Entonces como que también había ahí un tema con respecto de hasta qué punto la sociedad civil indígena se estaba conformando en forma autónoma e independiente de la CONADI y que no estaba, por ejemplo, sobrepuesta, una sobre la otra, en relación con esa presencia muy centrada de las comunidades que yo notaba en los primeros años. Sentía que los dirigentes que estaban vinculados a la CONADI la veían muchas veces como una organización indígena más que una organización del Estado haciendo indigenismo puro y duro. Ahora, claro, la CONADI, en su devenir, se fue profesionalizando y abordando los temas de manera cada vez más estandarizada, con procedimientos que antes no existían. En ese sentido, también he visto cómo la ley, a pesar de las limitaciones que ha tenido, cómo el borrador que había originalmente, y que tanto cambió respecto a lo que fue promulgado, igual ha permitido dar cuenta o dar una respuesta a las demandas de la población, en este caso mapuche.

Por ejemplo, en términos de demandas de tierras, que es un tema donde también me tocó participar haciendo informes antropológicos para la aplicabilidad del artículo 20b. Un primer momento me resultaba relativamente fácil, porque conocía de los desmedros que habían sufrido los títulos de merced. Tomabas uno y veías las pérdidas que había tenido en términos de tierra, de superficie, por lo que podías argumentar que efectivamente ahí el Estado había ofrecido algo que la población beneficiada con ese título de merced no había podido acceder finalmente a esas tierras. Pero después, cuando se fue acabando esa problemática, nos dimos cuenta de que también había todo un tema de pérdida de tierras a partir de lo que fue el proceso de contrarreforma agraria. Ese contexto está como telón de fondo de la CONADI, sobre todo acá en esta zona del centro sur de Chile, que tiene que ver

con el tema de que gran parte de las tierras que en su momento los mapuche habían recuperado en el marco del proceso de reforma agraria y que perdieron después del Golpe. Estas tierras terminaron finalmente siendo parte del patrimonio de las empresas forestales que ahora vemos por todos lados y que abarcan gran parte de la superficie de las comunas de la provincia de Arauco. El devenir de la CONADI ha ido dando cuenta de este tema, que es más reciente.

A la par se han ido logrando otro tipo de cosas, por ejemplo, la Ley Lafkenche, cuya existencia también está muy vinculada con que tengamos Ley Indígena, que tengamos a la CONADI. La Ley Lafkenche permite espacios costeros, marinos, de los pueblos originarios. En su momento también me tocó hacer informes de uso consuetudinario para que comunidades de Chiloé, de la provincia de Osorno, pudieran acceder a tener espacios costeros marinos de pueblos originarios. Eso también fue algo muy estimulante porque me permitió de nuevo volver a hacer trabajo de campo, poder salir a terreno.

En estos años desde la institucionalidad, o sea, a partir de la CONADI, se han generado también otras instancias que no encuentro que sean menores, como por ejemplo el informe de la Comisión de Verdad Histórica y Nuevo Trato durante el gobierno del presidente Ricardo Lagos, que creo que es un hito fundamental para tener una visión de la historia que sea compartida no solo por los agentes del Estado, sino también por la sociedad civil y la sociedad civil indígena. Ahí también hay un hecho destacable, a pesar de que el informe muchas veces quedó guardado en un anaquel de algún servicio público, a nosotros nos ha servido mucho para poder aplicar la Ley Indígena, en el sentido de apoyar la restitución de tierras y territorios de los pueblos originarios a partir de ese tipo de documentos.

En todos los gobiernos ha habido distintas instancias que han tratado de abordar el tema indígena de modo diferente desde que en 1997 comenzó este ciclo de conflictividad entre el Estado y los pueblos originarios, en este caso entre el Pueblo Mapuche por la quema de los camiones en Lumaco. Si uno ve la historiografía nacional en el tiempo colonial siempre habían alzamientos indígenas, los mapuche se alzaban frente a situaciones puntuales de la autoridad de turno y al final siempre se lograba, a partir de instancias de parlamentos, de *trawunes*, llegar a acuerdos que bajaban la confrontación. Sin embargo, en este caso me llama la atención que en este ciclo histórico desde 1997 a la fecha este conflicto siga sin tener un resultado y con todas estas iniciativas como para enfrentarlo. Creo que aquí hay algo distinto y no solo porque se ha prolongado tanto el alzamiento, por ejemplo, que no se aplaque, sino que todo lo contrario, a veces pareciera que se intensifica. La Comisión de Paz y Entendimiento, que acaba de entregar su informe, en el fondo, es otra iniciativa más que trata de abordar esto que viene del 1997, pero que en realidad es de mucho antes. Empieza, como lo dice el informe de la Comisión Histórica, cuando se verifica la ocupación militar de la Araucanía y desde ahí en adelante esto no ha quedado resuelto.

ADS: Gonzalo en esta misma línea, dos preguntas: la primera tiene que ver con un trabajo que tienes con Andrea Aravena y Nicolás Gissi sobre el tema indígena en la ciudad de Concepción y la segunda con el tema de la "reemergencia" indígena en el Maule. En el artículo ustedes plantean que las dinámicas

identitarias en Concepción son distintas a las de Santiago. Los de Santiago como que necesitan *performarce* para marcar la identidad y los de Concepción no necesitan hacer eso. La pregunta es si esto continua así, o si en Concepción también se ha puesto más performático el tema de la identidad. Y en relación al Maule ¿qué te parece ese proceso de reemergencia, de si lo esperaban, si es que es algo nuevo, si es que es algo que han conseguido manejar como CONADI o no? Una pregunta capciosa en todo caso.

En este caso influye mucho el hecho de que Concepción queda cerca de Arauco y que existe un vínculo, muchas veces, de los penquistas indígenas con las comunidades del sur del río Bío Bío. En ese sentido es mucho más fácil para ellos tener contacto con la cultura y con prácticas culturales. Aquí viajan cien kilómetros y pueden estar participando en un guillatún en una comunidad, por ejemplo, o venir a ver a una machi, a una *lawentuchefe*, algo que se puede hacer en el día, al contrario de Santiago, donde hay que desplazarse más lejos y donde también se trata muchas veces de población urbana de primera, segunda o tercera generación que viven en la ciudad. Además, en el caso de Concepción es distinto, pues el vínculo es mucho más directo entre comunidades y población indígena urbana, warriache. En el caso del Maule también fue bastante significativo un hecho que viví, la pregunta del censo sobre la autoidentifación como indígena, que era algo que no existía cuando yo comencé a trabajar en estos temas. Recuerdo que yo estaba en la CONADI y llegó la consulta y que era una socióloga que estuvo a cargo de la formulación de la primera pregunta que se hizo en el censo a propósito del tema de ADScripción étnica.

El censo es un buen indicador de que población indígena hay en todos lados, de que población mapuche hay en todos lados y en el Maule para qué decir. De hecho, ahí se ha conformado un parlamento indígena, autónomo, y me parece que es bastante destacable el hecho de que ellos, en forma autoconvocada, puedan mantener esta organización, esta instancia de encuentro que están teniendo los indígenas del Maule. En esta región además también se da otro tema, que es población indígena que viene desde el tiempo colonial, que se ha mantenido, y que es bastante particular, pues es gente que hasta el día de hoy no fue desplazada, por así decirlo, y que se ha mantenido en esos territorios. Quizás desde el punto de vista cultural uno pueda decir que no tienen mucho de mapuche, pero ahora, con todos estos procesos que se están viendo en el Maule, se podría afirmar que hay una suerte de etnogénesis. Este proceso también se da en la comuna de Arauco, donde hay actualmente, no recuerdo la cifra exacta, pero muchas comunidades indígenas constituidas. Sin embargo, si uno lo compara con otras comunas de la Provincia de Arauco, no debiera haber tantas comunidades, pero así es en este momento y tiene que ver, precisamente, con este autorreconocimiento como mapuche que se está verificando.

ADS: Gonzalo, para ir cerrando esta parte de la CONADI. Tú haces una lectura de la ley indígena, en términos de cómo transformó ciertas dinámicas del Estado y con eso la vida de muchas personas mapuche. Y uno observa hoy en día a ciertos sectores más jóvenes, dirigentes e intelectuales mapuche y no mapuche, que tienen una visión muy negativa de la ley indígena, en cambio lo que tu muestras es justamente para qué ha servido

y la necesidad de contextualizarla en su época. Teniendo esto en cuenta, ¿cómo ves las transformaciones que han ocurrido en la provincia de Arauco? ¿cómo cambió la provincia de Arauco desde que llegaste a principio de los 90 hasta la actualidad?, cuestión que puede tener también cierta dimensión política en términos de decir qué es lo que significó la *concertación* para el país ¿no?, cómo se transformó el país después de la dictadura en términos de indicadores de pobreza, por ejemplo, y en ese mismo sentido, algo que ya has dicho ¿cómo también ves que cambió la cuestión mapuche aquí en la provincia de Arauco en estas décadas que tú has estado observando y participando?

Efectivamente, ha habido un cambio notable. Recuerdo cuando llegué a la provincia de Arauco, realmente quedé sorprendido del aislamiento que se vivía en esta provincia. En esta provincia, al parecer, durante la dictadura prácticamente no hubo inversión pública, no hubo inversión en caminos, en infraestructura, puentes, en hospitales, nada, como que fue una provincia que estuvo…, bueno, hasta el día de hoy sigue siendo una zona de rezago, pero ahí se notaba mucho el rezago sobre todo en este caso que yo venía del sur y no sé, en Valdivia, Osorno, cualquier camino rural es un camino con una carpeta de ripio, no estaba asfaltado, pero tenía una carpeta de ripio. En cambio acá, los caminos eran intransitables estamos hablando de caminos de tierra que en los inviernos no sé, se cortaba en Tirúa porque se armaban unos pozos de barro que era imposible pasarlos y finalmente mantenían en aislamiento muchas veces las temporadas de invierno. Entonces en esto años lo que yo he visto es precisamente el mejoramiento de los caminos, del asfaltado de los caminos. Ahora, tenemos caminos asfaltados hasta Tirúa, Contulmo, etcétera, o sea, la provincia de Arauco no es lo que era. En ese sentido, tenemos también inversión en hospitales, liceos, escuelas, en definitiva hay un mejoramiento en las condiciones de habitabilidad de la gente. Recuerdo que hace unos años atrás la gente no tenía acceso a subsidios de vivienda, vivienda rural o de agua potable rural, o sea no, aquí se vivía en otro tiempo, o sea si tú lo comparabas con el resto de Chile aquí había un déficit en infraestructura pública muy evidente. Afortunadamente eso se ha ido revirtiendo en términos de que uno ve más infraestructura, mejores condiciones materiales, por decirlo así. Eso por un lado. Ahora, las dinámicas que han ido tomando las comunidades, porque las comunidades han ido resolviendo temas sociales, habitacionales, de tierra y están abordando otros temas que están pendientes y ahí aparece también este tema llamado identitario, reivindicativo, organizaciones más radicales en cuanto a sus exigencias, a sus demandas de autonomía y autodeterminación que uno igual lo veía ya en los años 80, no sé, el Consejo de Todas las Tierras tenía un discurso de ese tipo, pero ahora es mucho más compartido como un ideario, es algo que está presente, hay como un orgullo étnico que tampoco yo veía hace unos años atrás, o sea ahora tú ves nuevamente una reapropiación cultural, la gente joven, por ejemplo, tiene otra relación en términos del uso del chamal por parte de las mujeres, que se estaba perdiendo y ahora gente joven lo usa, los jóvenes. También hay otras maneras de abordar el tema indígena en distintos soportes, con esto estoy pensando, por ejemplo, en este Portavoz, no sé si han escuchado, un joven mapuche que hace música urbana con temáticas mapuche que tienen que ver precisamente con todo esto que estamos hablando y de cómo la sociedad chilena ha maltratado a los pueblos originarios de forma sistemática, y esta queja ahora se transforma en música. Veo muchas expresiones diferentes que

antes no las veía con respecto a esto de expresar ser indígena o ser mapuche. El tema de la mujer también ahora está metido en el tema indígena, feminismo indígena, el discurso feminista también ahí está presente, algo que tampoco uno veía antes y así…, ahora, yo creo que igual, así como la población de la sociedad nacional chilena, creo que también la población indígena mapuche ha estado expuesta a la revolución silenciosa. Cuando digo la revolución silenciosa me recuerdo precisamente de todo este modelo económico y social que nos impusieron en el tiempo de la dictadura y yo creo que también ahí uno ve bastantes valores que a veces uno no esperaría, pero que tienen que ver con el individualismo contra la asociatividad, en fin, hay que pensar también que bueno, todo esto viene también del tiempo de la dictadura cuando por este decreto se obligó a las comunidades a dividir su título de merced. Entonces, ahí yo creo que también hubo un punto de inflexión en la sociedad mapuche respecto a cómo ellos se percibían y la dinámica que se fue dando a partir de eso. Entonces, tiene que ver con un tema mucho más individual, familiar, etcétera, yo lo notaba también cuando estuve también a cargo de la Unidad de Desarrollo en el Fondo de Desarrollo, que en algún momento había instancias de asociatividad en términos productivos o de representación, pero que muchas veces tenía un techo: hasta ahí nos podemos organizar, hasta ahí nos podemos coordinar, hasta ahí podemos compartir, pero de ahí cada uno se hace cargo de sus propios emprendimientos, por usar una palabra que se vincula con estos temas.

ADS: Gonzalo ya para ir cerrando esta conversación, tres preguntas en una: si acaso seguiste vinculado a la vida académica o solo al mundo profesional, la segunda, sobre cuáles crees que son los desafíos que enfrenta hoy la antropología acá en Chile y, en el mismo sentido, qué les dirías a las nuevas generaciones que están estudiando antropología en la actualidad.

Estuve vinculado a la academia, estuve haciendo unas clases en algún momento, cuando estaba la Universidad Arcis acá en Cañete estuve de profesor y después también estuve de profe en la Facultad de Educación de la Universidad de Concepción un par de semestres, pero también constaté de que yo era alguien del siglo XX y que los cabros del siglo XXI ya estaban en otra, o sea yo había aprendido de una manera porque me habían enseñado de una manera que tenía que ver con el pre internet por así decirlo, pero llegar a hacer clases donde tú ves que todos tus alumnos o la gran mayoría de tus alumnos está ahí con el celular y están en otra, o sea que no están poniendo atención o no sé, que leer no es un tema, en fin, como que me desincentivó un poco el tema de la docencia, dije: ya no, esto es para otra gente. Igual, estuve vinculado en algunos Fondecyt, en algún momento trabajé con Cristián Martínez, con Martín Correa, también recuerdo, años atrás, que estuve en un Fondecyt con José Bengoa y Raúl Molina sobre las economías mapuche, eso también fue algo bastante interesante y provechoso, pero como les digo, sí, a veces me vínculo con los profes de acá de la Universidad de Concepción y ahí mantengo un vínculo con la academia, pero más como de amistad y de conversar permanentemente. A veces me piden evaluar las memorias de títulos de estudiantes de la U. de Conce. Entonces, tengo ahí como un vínculo con el tema académico, pero no le he hincado mayormente el diente como les decía porque cuando me di cuenta de estos tema de la docencia, de cómo habían cambiado las generaciones, me di cuenta que no, que había que

hacerla de otra manera. En fin, ahora con respecto a los desafíos de la antropología, yo creo que seguimos como en un proceso de validarnos permanentemente, o sea recuerdo que cuando recién llegué a trabajar y me preguntaban qué había estudiado y decía que era antropólogo, como que me quedaban mirando con cara de pregunta y todavía me quedan mirando con cara de pregunta, quizás no como una pregunta tan amplia, no tan abierta, pero igual ya es un tema de las ciencias sociales, es que las ciencias sociales quedaron muy mal paradas durante la dictadura con esto de que se hayan cerrado carreras, que se hayan exonerado a académicos. Hubo que hacer muchas cosas de nuevo y eso con enfoques teóricos y metodológicos nuevos que tampoco eran el común del académico o del investigador de ciencias sociales que había en el país. Entonces, yo creo que todavía tenemos que seguir validándonos y cómo nos vamos validando, yo creo que haciendo el trabajo que nos corresponde hacer y haciéndolo bien. Yo creo que ahí hay un tema como profesionales que no tenemos que descuidar, yo creo que ahí es un desafío siempre de hacerlo lo mejor posible dentro de los esfuerzos que uno haga respecto a cualquier tema ¿no? yo creo que por ahí iría el asunto, y bueno, también en un marco, no sé, de comportamiento ético acorde, porque muchas veces también, para qué estamos con cosas, a los antropólogos nos puede contratar dios y el diablo, y a veces le trabajamos a dios y al diablo. Entonces, ahí también hay un tema porque claro, hay que tener ciertos resguardos, si uno está en esto, yo sé que la necesidad tiene cara de hereje como se dice, pero a veces igual hay que optar por un lado o por otro, entonces si algo les diría a las nuevas generaciones, que ojalá estas opciones sean las más positivas, que estén por el lado de la luz y no la oscuridad, y ahí yo creo que va a depender mucho de cada uno, de formación, de dónde viene. En fin, de las experiencias vitales que ha tenido, pero yo creo que como disciplina tenemos todavía ¡uh! harto que hacer en términos de validarnos ante la sociedad mayor y de validarnos de que sí somos necesarios, sí somos un aporte y que sí contribuimos a que lo que se haga se haga mejor siempre, estoy hablando de cuando hay equipos interdisciplinarios o multidisciplinarios que lo requieren. Eso.